

EL DIÁLOGO ENTRE LA MISIVA
Y EL ENSAYO: LA CORRESPONDENCIA
ENTRE LOS HERMANOS HENRÍQUEZ UREÑA
Y JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Raffaele Cesana

CONFLUENCIAS ENTRE EPÍSTOLA Y ENSAYO

El ensayo y la epístola son dos clases de textos que, en términos generales, pueden considerarse como parte del género argumentativo.¹ Sus respectivas definiciones, a pesar de las distintas filiaciones que entablan con la materia literaria, la crítica social o cultural y la esfera emocional, evidencian una serie de rasgos comunes; entre los más evidentes están: la expresión de una intención reflexiva y crítica sobre un tema específico; la naturaleza no ficcional del *modus scribendi*; el carácter abierto de la organización expositiva proyectada hacia una réplica; la libertad de la estructura sintáctica dirigida a la construcción de un diálogo entre sujetos y no de un monólogo cerrado; la sinceridad, más bien la *buena fe* —según la famosa oración de Montaigne—, que legitima el pacto comunicativo.

¹ Con respecto a las implicaciones teóricas que esta afirmación determina, véase el capítulo “Bases teóricas para la definición del ensayo como clase de textos del género argumentativo”, en María Elena Arenas Cruz, *Hacia una teoría general del ensayo: construcción del texto ensayístico*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1997, pp. 17-47.

Para aclarar esta relación tanto histórica como argumentativa, María Ferrecchia retoma la monografía sobre Montaigne del romanista alemán Hugo Friedrich y evidencia la afinidad del ensayo con los géneros de la epístola y el diálogo de la tradición clásica. El primer dato —el que más nos interesa subrayar— se mostraría en la libertad de los temas y las fórmulas de la prosa en el ensayo; en este sentido, según Ferrecchia, no es inoportuno asociar a la que será la peculiar invención artística de Montaigne los modelos históricos de las *Epistulae ad familiares*, de Cicerón, y las *Epistulae morales ad Lucilium*, de Séneca. En síntesis, pues, Ferrecchia nos recuerda que el ensayo retoma de la epístola “*il libero vagabondare da un soggetto all’altro, nell’intreccio di stile oggettivo e discorso in prima persona*”.²

María Elena Arenas Cruz profundiza la mirada. Amén de poner el ensayo en su lista de clases de textos argumentativos —entre los que se encuentran, por ejemplo, el diálogo, la epístola, la miscelánea, el artículo de opinión y el tratado—, subraya que “la epístola humanista como modelo en la gestación del ensayo, quizás sea la clase de textos que puede considerarse sin ningún género de dudas más afín a éste”.³ Al explicitar su postura teórica, Arenas Cruz afirma:

Las interferencias entre el ensayo y la epístola son conocidas, pues excepto por la exigencia formal del saludo que encabeza la carta y de la despedida que la cierra, es posible encontrar, sobre todo en nuestro siglo, una verdadera reflexión ensayística encerrada en una misiva. Varios son, por tanto, los puntos de confluencia entre ambas clases de textos: la fusión de la dimensión privada y personal con la intelectual o conceptual, el empleo de una mezcla de estilo llano y elevado, el tono conversacional y la extremada libertad a la hora de organizar

² María Ferrecchia, *Il saggio come forma letteraria*, Lecce, Pensa MultiMedia, 2000, p. 17.

³ María Elena Arenas Cruz, *op. cit.*, p. 56.

el contenido semántico en las categorías superestructurales de la argumentación, que se adaptan al discurrir libre y personal de autor y dan lugar a una exposición fragmentaria y aparentemente desordenada. Es sabido que Montaigne pensó inicialmente dar a sus meditaciones la forma de cartas y su rechazo de este cauce de comunicación se debió no tanto a sus peculiaridades en la disposición del contenido semántico cuanto a la ausencia de un interlocutor preciso a quien dirigirse.⁴

La cita de Arenas Cruz nos introduce al específico caso hispanoamericano de José Enrique Rodó. Por un lado, como nos indica Emir Rodríguez Monegal, también el uruguayo emprendió, desde 1898, la redacción de una obra muy amplia concebida en forma epistolar, que le permitiera así “explanar, sin las limitaciones sistemáticas del tratado, su pensamiento en materias tan delicadas como la Estética y la Ética, la Metafísica y la Política”.⁵ De este heterogéneo material, que en un principio tituló “Cartas a...”, Rodó extraerá, en parte, dos de sus ensayos más famosos: *Ariel* (1900) y *Motivos de Proteo* (1909).

Por el otro lado, cabe recordar que la posibilidad a la que se refiere Arenas Cruz respecto de encontrar una reflexión ensayística concreta dentro de una epístola, se realizó en la “Carta a Leo Popper”, que el joven Georg Lukács envió a su amigo desde Florencia en octubre de 1910. La misiva de Lukács sigue representando, todavía hoy, uno de los textos imprescindibles sobre la teoría del género ensayístico.⁶

⁴ *Ibid.*, p. 59.

⁵ Emir Rodríguez Monegal, “Introducción general” a José Enrique Rodó, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1957, p. 29.

⁶ El texto se publicó por primera vez en 1911 con el título de “Über Wesen und Form des Essays: Ein Brief an Leo Popper”, en *Die Seele und die Formen*. Entre las traducciones al castellano, véase Georg Lukács, “Sobre la esencia y forma del ensayo (Carta a Leo Popper)”, en *El alma y las formas y la teoría de la novela*, trad. de Manuel Sacristán, México, Grijalbo, 1975, pp. 15-39.

También en el caso de José Enrique Rodó, la forma epistolar representó un vector para la elección del ensayo como cauce de expresión de su pensamiento. En este sentido, las dos cartas que el uruguayo escribió a Miguel de Unamuno, el 25 de febrero y el 10 de diciembre de 1901 respectivamente, son reveladoras. En la primera misiva Rodó rechaza la parte imitativa, superficial y trivial del modernismo, y afirma:

Si algo me separa fundamentalmente de la mayor parte de mis colegas literarios de América es mi afición, cada vez más intensa, a lo que llamaré *literatura de ideas*, ya que llamarla *docente* o *trascendental* no la definiría bien. Por desgracia, el *modernismo* infantil, trivialísimo, que por aquí priva, me ofrece muy pocas ocasiones de satisfacer esa afición con la lectura de la producción indígena. Necesitamos gente de pluma que *sienta* y *piense*, y lo que abunda son miserables *buboneros* literarios, vendedores de novedades frágiles y vistosas.⁷

A pesar de las reservas que Unamuno no ocultó en otras cartas —confesó a Leopoldo Alas que le había costado trabajo terminar la lectura de *Ariel*, en particular por el excesivo eco de autores franceses que la obra manifestaba—, la correspondencia con el ensayista uruguayo fue siempre cordial y vehículo de reflexiones literarias sinceras y profundas. En la misiva del 10 de diciembre de 1901, Rodó delineó con mayor precisión su concepto de una literatura hispanoamericana de ideas:

En América sigue predominando la literatura de abalorios, juguetes chinos y cuentas de cristal. Luchamos por poner en circulación *ideas*; por hacer pensar; por formar público para el libro que trae *quelque chose dans le ventre*, como dice Zola.

⁷ José Enrique Rodó, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1957, p. 1308. En adelante el número de página de las citas de esta obra se indicará entre paréntesis en el texto.

Estos pueblos son escenario muy pequeño (para empresas de orden intelectual) en la actualidad: pero nos anima el que el porvenir de ellos es grande y seguro. Es nuestra única ventaja (p. 1310).

Tanto para poner a prueba su prosa de ideas y forjar su vocación estilística —“La gesta de la forma” se titulará un artículo rodoniano de 1900, incluido en *El mirador de Próspero* (1913)—, como para sondear la conciencia colectiva hispanoamericana sin dejar de observar la realidad social y cultural, Rodó eligió como herramienta al ensayo: “este centauro de los géneros, donde hay de todo y cabe todo, propio hijo caprichoso de una cultura que no puede ya responder al orbe circular y cerrado de los antiguos, sino a la curva abierta, al proceso en marcha, al ‘Etcétera’ cantado ya por un poeta contemporáneo preocupado de filosofía”.⁸

Cabe precisar que, en el caso del *Ariel*, definido por distintos críticos como un “sermón laico”,⁹ Rodó nunca utilizó la palabra “ensayo”; sólo más tarde, y otra vez en una misiva dirigida a Unamuno (20 de marzo de 1904), usó este término para referirse a la que fue, sin duda, su obra más personal, *Motivos de Proteo*:

Tengo casi terminado mi libro, que probablemente haré imprimir en Madrid o Barcelona. Es extenso. El tema (aunque no cabe indicarlo con precisión en breves palabras) se relaciona con lo que podríamos llamar “la conquista de uno mismo”: la formación y el perfeccionamiento de la propia personalidad; pero desenvuelto en forma muy variada, que consiente digre-

⁸ Alfonso Reyes, “Las nuevas artes”, en *Obras completas*, vol. 9, México, FCE, 1996, p. 403.

⁹ Véanse, entre las posiciones más recientes: Carlos Real de Azúa, “Prólogo a *Ariel*”, en José Enrique Rodó, *Ariel. Motivos de Proteo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, pp. IX-XXXV; Alfonso García Morales, *Literatura y pensamiento hispánico de fin de siglo: Clarín y Rodó*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1992; María Belén Castro Morales, “Introducción” a José Enrique Rodó, *Ariel*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 9-127.

siones frecuentes, y abre amplio espacio para el elemento artístico. Será un libro, en cierto modo, *a la inglesa*, en cuanto a los caracteres de la exposición, que puede tener parecido con la variedad y relativo *desorden* formal de algunos “ensayistas” británicos. Veremos qué resulta (p. 1318).

El *Ariel* se publicó en febrero de 1900 por la editorial Dornaleche y Reyes de Montevideo.¹⁰ Rodó acabó adoptando para él la forma del “discurso pedagógico”; la materia ensayística se desarrolla a partir de un elemento ficcional: la clase magistral con la que el viejo y venerado maestro Próspero se despide de sus discípulos en un salón universitario dominado por el bronce de Ariel.

Dos aspectos contribuyeron de manera notable al éxito de la obra: por un lado, la amplia correspondencia que Rodó había entablado durante el último lustro del siglo XIX con algunos de los intelectuales y escritores hispanohablantes más destacados de la época, gracias a la cual desarrolló de manera personal una propaganda sumamente efectiva de su libro. Por el otro, el valor circunstancial del *Ariel*, debido a que una de sus principales preocupaciones fue la guerra entre Estados Unidos y España, y lo que este conflicto implicaba para todas las naciones latinoamericanas en términos de amenaza intervencionista. Este discurso dedicado a la juventud de América llegó, pues, en el momento más oportuno, cuando el debate intelectual sobre el papel de Estados Unidos en el proceso de la independencia cubana era todavía muy intenso.

Los hechos relativos a la difusión del ensayo rodoniano delinean, a lo largo de los diez años que siguieron a la apa-

¹⁰ La obra, cuya fama, quizás, sigue superando la de su autor, constituyó el tercer número de la colección *La vida nueva*; fue anticipada por los primeros dos opúsculos que contenían respectivamente “El que vendrá” y “La novela nueva” (1897), y “Rubén Darío: su personalidad literaria, su última obra” (1899).

rición de la *editio princeps*, un proceso profundo y sin pausas. En los periódicos españoles, desde la primera hora, se produjo un formidable eco crítico gracias a las voces de Leopoldo Alas, Juan Valera, Miguel de Unamuno y Rafael Altamira. De acuerdo con lo que sostiene Rodríguez Monegal, en el “Prólogo” al *Ariel* de las *Obras completas* rodonianas (p. 201), entre 1900 y 1911 se realizaron en varios países del mundo hispánico nueve ediciones del libro: las dos primeras se imprimieron en 1900 por Dornaleche y Reyes; la tercera salió el año siguiente como suplemento de la *Revista Literaria*, de Santo Domingo; la cuarta apareció, en forma de folletín, en *Cuba Literaria*, La Habana (1905); la quinta y sexta fueron de 1908, de Monterrey y Ciudad de México, respectivamente; la séptima se publicó en el mismo año en Valencia, por Sempere; la octava (1910) y la novena (1911) salieron a la venta en Montevideo, por José María Serrano.

La primera edición mexicana del *Ariel* se imprimió en los regiomontanos Talleres Modernos de Lozano. “En diciembre de 1907, Antonio Caso, Jesús T. Acevedo, Alfonso Cravioto, Rafael López, Rubén Valenti, Ricardo Gómez Robelo y los hermanos Henríquez Ureña firmaron una carta dirigida al general Bernardo Reyes, solicitándole que costeara la publicación de *Ariel*”.¹¹ Desde principios de 1908, cuando fue a visitar a su familia en Nuevo León, Alfonso Reyes se ocupó personalmente del proyecto editorial; de esta forma, gracias al apoyo económico del gobernador del estado, el libro se acabó de imprimir el día 14 de mayo.

En la realización de esta edición, la correspondencia que Max y Pedro Henríquez Ureña intercambiaron con Rodó desarrolló un papel fundamental bajo distintos aspectos. Las misivas que se conservan en el Archivo Literario de la Biblioteca Nacional de Uruguay, y que sólo en parte fueron

¹¹ Susana Quintanilla, “Nosotros”: *la juventud del Ateneo de México*, México, Tusquets, 2008, p. 137.

recogidas por Rodríguez Monegal en las *Obras completas* de la editorial Aguilar, nos permiten comprender no pocos detalles respecto del nacimiento y desarrollo de este proyecto ateneísta. Además, evidencian tanto la naturaleza de la red intelectual que estos hombres de letras tejieron entre ellos, como la posibilidad de que la epístola pueda representar un vector, un contexto de lectura del *Ariel*.

CORRESPONDENCIA ENTRE MAX HENRÍQUEZ UREÑA Y JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Las cartas documentadas en el archivo montevideano que intercambiaron el humanista dominicano y Rodó son cuatro: las dos misivas de Henríquez Ureña fueron escritas desde Santiago de Cuba, donde Max fundó en 1904 la revista *Cuba literaria*, que contribuyó de manera importante al desarrollo de las letras y la cultura de la isla caribeña, y cuyas páginas dieron espacio en 1905 a la cuarta edición del *Ariel*.

Las epístolas del bienio 1904-1905 tuvieron como tema central la publicación cubana del *Ariel*; al mismo tiempo, desarrollaron un papel importante en la realización de la quinta edición del ensayo rodoniano: la de Monterrey. En la misiva del 7 de agosto de 1904 el director de *Cuba Literaria* se dirigió al intelectual uruguayo de esta forma:

A Ud.¹² se le conoce de nombre, pero casi nadie lo ha leído en Cuba.

Como verá Ud., publico uno que otro párrafo de Ud., pero no colma eso mi deseo de que lo lean a Ud. y lo mediten. Quiero publicar en folletín anexo al periódico su *Ariel*. Parece-

¹² Respecto a las abreviaturas de ciertas expresiones de cortesía y despedida, se ha decidido respetar la fórmula original contenida en la carta.

me que ningún país más a propósito para divulgar su obra que éste, donde el influencia *yankee* se acentúa de día en día. [...]

Podría escribir pidiéndosela a mi hermano Francisco Noel, pero probablemente no querrá él desprenderse, aunque sea a título de préstamo, del ejemplar que Ud. le envió, temiendo que se estropee en manos de los cajistas, pues él lo conserva con esmero.

Me ha parecido más sencillo pedírsela a Ud. directamente, en la seguridad de que dejará Ud. satisfecho mi deseo.¹³

Ya en esta primera misiva es evidente la intención de Max Henríquez Ureña de instaurar con el uruguayo una relación intelectual, concreta y fructífera, dirigida a solucionar esa falta de sistematicidad del mercado editorial hispanoamericano que Rubén Darío denunciará en un artículo en *La Nación* de Buenos Aires en febrero de 1907.¹⁴ En este sentido, la carta se volvió una herramienta fundamental en la creación de la que Eduardo Devés-Valdés ha definido como *red intelectual*: un “conjunto de personas ocupadas en los quehaceres del intelecto que se contactan, se conocen, intercambian trabajos, se escriben, elaboran en ocasiones proyectos comunes, mejoran los canales de comunicación y, sobre todo, establecen lazos de confianza. No hay redes proyectivas si no es sobre la base de la confianza recíproca”.¹⁵

¹³ Al citar las cartas del Archivo José Enrique Rodó no se indicará en cada ocasión el número de las carpetas en las que éstas se conservan; su clasificación muestra, más de una vez, una cierta falta de precisión. Por eso, valga, pues, la simple referencia a la sección II del archivo montevideano para las cartas que tienen esa procedencia. En adelante, la fuente de estas misivas se indicará entre paréntesis en el texto con la sigla AR. De lo contrario, el grupo de cartas que tiene otra fuente encontrará su debida indicación bibliográfica.

¹⁴ En Ángel Rama, *Rubén Darío y el modernismo*, Caracas, Alfadil, 1985, p. 55.

¹⁵ Eduardo Devés-Valdés, *Redes intelectuales en América Latina: hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Santiago de Chile, Universidad de Santiago de Chile, 2007, p. 218.

El 20 de noviembre del mismo año, el ensayista uruguayo contestó a la misiva de Max Henríquez Ureña, agradeciéndole el envío de algunos números de la revista *Cuba Literaria*:

Estimado señor y amigo:

Llegó a mí su carta sobre *Ariel* y antes había ya recibido los números que Usted me envió de *Cuba Literaria*.

He leído su revista con vivo placer y simpatía. Me interesa de veras todo lo que se refiere al movimiento intelectual de esas tierras del Norte, *avanzadas* del espíritu latino en América.

Tiene su revista, además, el prestigio y la animación de cuanto lleva el sello del espíritu de la juventud, cuando a ésta inspiran altos y generosos ideales.

Escribe Usted en la patria de Martí. Ponga Usted su empresa bajo los auspicios de esa gran sombra tutelar.

En cuanto a *Ariel*, a quien se propone Usted dar carta de naturaleza en Cuba, ¿qué he de decirle sino que tiene para ello mi beneplácito? Sólo me toca en esto hacer votos por que la buena fortuna, superior sin duda a los méritos del libro, que ha acompañado a éste hasta ahora, no le abandone en su nuevo avatar. Y si él no llevara ya su dedicatoria —nacida, por decirlo así, de sus mismas entrañas— propondría a Usted que a la memoria de Martí dedicáramos la edición cubana de *Ariel*.

Dejo así contestada su carta. Trabaje Usted, persevere, piense en el porvenir; quiera mucho a su América, a nuestra América, que es nuestra grande y única patria, y escríbame cuando tenga espacio para ello, seguro siempre de mi estimación y de mi afecto (pp. 1358-1359).

Así fue como Rodó dio su beneplácito a la edición cubana del *Ariel* dedicándola a la memoria de José Martí; quizás, al realizar este proyecto, Max Henríquez Ureña y Rodó recordaron el precepto que el autor de *Nuestra América* había precisado en el artículo “Biblioteca americana”, de enero de 1884:

Nos llena de orgullo todo libro nuevo publicado en nuestras tierras americanas: parece como salido de la propia mente, y lo es en parte, por ser todo hombre como átomo de la raza con cuyas cualidades brilla, de cuyo honor y fuerza se alimenta, de cuyo espíritu es soldado y depositario. La raza es una patria mayor, a la que deben pagar tributo, como hijos a madres, las patrias pequeñas que de la raza madre se derivan. La raza es un altar de comunión: y quien la niega, o la desconoce, o la vicia, o se quiere salir de ella, —desertor es— traidor como el que pliega la bandera y huye ante el enemigo en hora de batalla, o se pasa a sus huestes.¹⁶

Poco más de dos meses después (8 de febrero de 1905), Max Henríquez Ureña respondió a la carta de Rodó. Le habló de la situación literaria y cultural de Cuba y de la recepción del *Ariel*: hizo particular referencia al ensayo crítico que su hermano Pedro había publicado en *Cuba Literaria* el 12 de enero de 1905.

Desde principios de enero he remitido a Ud. puntualmente los números de mi revista, en los que va publicada ya una parte de *Ariel*. Mi empresa es una verdadera lucha, que exige continuos esfuerzos [...].

En las páginas de “Cuba literaria”, alternando con las banalidades del medio, me empeño en dar a conocer lo bueno que aquí se desconoce; en traer un eco, siquiera sea débil, del movimiento intelectual del universo, y especialmente de Nuestra América; intentando así conmover el dormido espíritu de este pueblo, que, rotas las cadenas del dominio colonial, se halla de súbito en la vida nueva, atónito ante ese cambio brusco y deseado, llevando en sí todavía las amargas raíces de la ignorancia y el error que le dejó el coloniaje [...].

Habrá Ud. leído, sin duda, un breve estudio de mi hermano Pedro sobre *Ariel*, en “Cuba literaria”. Me consta que su obra

¹⁶ José Martí, *Nuestra América*, pról. y cronología de Juan Marinello, selecc. y notas de Hugo Achúgar, 3.^a ed., Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2005, pp. 418-419.

va siendo muy leída por los favorecedores de mi revista, que no es de escasa circulación. ¡Ojalá que sea también muy comprendida! (AR).

La correspondencia se interrumpe hasta 1912; por lo menos, éste es el testimonio del archivo montevideano y, sobre todo, del *Epistolario* rodoniano que Hugo D. Barbagelata publicó en París en 1921. De hecho, fue Rodó quien la reanudó en ocasión del fallecimiento del escritor cubano Jesús Castellanos, amigo común que en 1910 había fundado, junto a Max Henríquez Ureña, la Sociedad de Conferencias de La Habana.¹⁷

La última carta que Rodó envió a Max Henríquez Ureña —recogida también por Rodríguez Monegal en la sección “Correspondencia” de las *Obras completas*— lleva la fecha del 19 de julio de 1912; se cita aquí la parte final:

Sé que la ausencia eterna de Jesús Castellanos no será motivo de disolución, sino de más estrecho acercamiento, estimulado por la inspiración de su memoria y de su ejemplo, para el grupo intelectual que él contribuyó a organizar y dirigir. Y es, además, deber de este grupo consagrar al autor de “La Conjura” el homenaje que Ud., en sentidas palabras, encarece, llevando adelante la *Sociedad* que fue uno de los grandes sueños de su vida.

Perseveramos los que quedamos. Y entre éstos tengo muy presentes, en mi recuerdo y en mi predilección, a los dos hermanos, dignos herederos de un apellido ilustre, que tan eficaz-

¹⁷ Como nos recuerda Alfonso García Morales, los dos promotores de este movimiento quisieron seguir el ejemplo de los cenáculos que, concebidos por el arquitecto Jesús T. Acevedo, se reunieron en la capital mexicana, por primera vez, entre mayo y agosto de 1907. Creyendo en la importancia de la difusión en Cuba del idealismo constructivo rodoniano, el “6 de noviembre de 1910 Castellanos inauguró la Sociedad de Conferencias de La Habana con una exposición de propósitos y una disertación titulada ‘Rodó y su Proteo’”. Véase Alfonso García Morales, *El Ateneo de México: 1906-1914. Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*, Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992, p. 178.

mente contribuyen, uno en Cuba, otro en México, a mantener vivo y fecundo el entusiasmo por la cultura intelectual.

Le renueva las más expresivas condolencias y le estrecha afectuosamente la mano,

José Enrique Rodó¹⁸

Las misivas que Rodó y Max Henríquez Ureña intercambiaron evidencian, antes que nada, la fuerza del compromiso que los dos intelectuales sentían respecto a los temas hispanoamericanos. Se trató de una verdadera lucha en defensa de los ideales de la magna patria. En sus cartas, Henríquez Ureña pone énfasis en las dificultades que el ambiente cultural de la isla caribeña estaba viviendo después de la guerra hispano-cubano-norteamericana de 1898: rotas las cadenas del dominio colonial, Cuba sufría una siempre más acentuada influencia estadounidense. En ese sentido, la publicación del *Ariel* en *Cuba Literaria* y la conferencia de Jesús Castellanos permitieron que circulara una poderosa y entusiasta palabra nueva.

CORRESPONDENCIA ENTRE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA Y JOSÉ ENRIQUE RODÓ

La correspondencia entre Rodó y Pedro Henríquez Ureña consta de nueve cartas conocidas.¹⁹ Seis son las que el joven intelectual dominicano envió a Montevideo: de hecho, se conservan en la carpeta de la sección II del archivo rodoniano. Las otras tres misivas fueron redactadas por el maestro uruguayo y fueron recogidas por Emir Rodríguez Monegal en su edi-

¹⁸ José Enrique Rodó, *Epistolario*, ed., comp. y prólogos de Hugo D. Barbajelata, París, s. e., 1921, p. 41.

¹⁹ Como muestran las misivas presentadas aquí, es evidente que Pedro Henríquez Ureña y José Enrique Rodó se escribieron otras cartas no documentadas hasta ahora.

ción de las *Obras completas* de Rodó; estas tres son las mismas que Hugo D. Barbagelata había citado en el *Epistolario*.

La carta que inauguró la correspondencia fue escrita por Pedro Henríquez Ureña desde La Habana, el 1.º de febrero de 1905. Al dirigirse a su “Maestro”, el “discípulo” dominicano comentó su ensayo crítico sobre el *Ariel*, publicado en *Cuba Literaria*, ni siquiera veinte días antes:

Sr. D. José Enrique Rodó. Montevideo.

Distinguido Maestro:

Creo deber mío dirigirle algunas líneas que acompañen el juicio que me atreví a hacer de su *Ariel*, y publicado en la revista “Cuba literaria” que dirige mi hermano Max.

Desde 1900, cuando leímos esa disertación suya la hemos estimado, mis hermanos y yo, como uno de los libros de más alta enseñanza para los hispanoamericanos. Hoy, después de más de cuatro años de conocerla, me he atrevido a condensar en algunos párrafos mi interpretación de ella. Esos párrafos pecan por la falta de reposo en pensamiento y estilo a que me obliga una vida en la cual es la literatura una excepción, aunque es mi pasión constante; y, quizás, de error, al disentir de su juicio sobre el pueblo *yankee*. Pero Próspero mismo ensalza la sinceridad del pensamiento.

Acoja U., pues, mi escrito como el homenaje sincero de su discípulo,

Pedro Henríquez Ureña (AR)

En la presente, Henríquez Ureña confesó a Rodó que conocía su obra desde hace más de cuatro años. De hecho, como nos recuerda en sus *Memorias*, el año 1900 representó para el dominicano un periodo decisivo en la formación de su gusto literario; bajo la influencia y el estímulo de las hermanas Leonor y Clementina Feltz —discípulas de Salomé Ureña en Santo Domingo— Max y Pedro Henríquez Ureña leyeron por primera vez el *Ariel*. “La casa de las Feltz (que

después alguien llamó *Salón Goncourt*, y a sus dueñas *hermanas Goncourt*) se convirtió en centro diario de reunión intelectual”.²⁰

La siguiente epístola es de Rodó (20 de febrero de 1906). Sin tener el documento que compruebe el dato, el agradecimiento que abre esta misiva nos permite suponer que Pedro Henríquez Ureña debió de haber enviado al maestro uruguayo un ejemplar de sus *Ensayos críticos* a principios del mismo año y casi seguramente ya desde México. A este respecto, el crítico dominicano afirmó en sus *Memorias*: “El 28 de diciembre de 1905 me fue entregado mi libro *Ensayos críticos*; y el día 4 de enero me embarqué para Veracruz”.²¹

En su carta, Rodó interpretó el texto sobre el *Ariel*, ya publicado en *Cuba Literaria*, y que Pedro Henríquez Ureña recogió en su libro de 1905. Además, el maestro uruguayo dio aquí prueba de su estrategia de ampliación de la red intelectual hispanoamericana: propició el acercamiento entre el crítico dominicano y otro joven ensayista, el peruano Francisco García Calderón.

Estimado amigo mío:

Muchas gracias, y muy sinceras, por su interesante libro y por las benévolas páginas que en él están consagradas a mi *Ariel* [...]. Agradézcole su libro y su juicio porque revelan un espíritu levantado sobre el nivel de la mediocridad, y porque veo en Usted un verdadero escritor, una hermosa promesa para nuestra crítica americana, tan necesitada de sangre nueva que la reanime. Me agradan mucho las cualidades de espíritu

²⁰ Pedro Henríquez Ureña, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, introd. y notas de Enrique Zuleta Álvarez, 2.ª ed., México, FCE, 2000, pp. 62-63. Henríquez Ureña recuerda también que en estos encuentros solían participar figuras destacadas del ambiente literario dominicano, como Emilio Prud'homme Maduro y Enrique Deschamps y Peña; este último tuvo un papel fundamental en la publicación de *Ariel* en la *Revista Literaria* (1901).

²¹ *Ibid.*, pp. 98-99.

que Usted manifiesta en cada una de las páginas de su obra, y que son las menos comunes, y las más oportunas y fecundas, con relación al carácter de nuestra literatura. Me agradan la solidez y ecuanimidad de su criterio, la reflexiva seriedad que da el tono a su pensamiento, lo concienzudo de sus análisis y juicios, la limpidez y precisión de su estilo. Me encanta esa rara y felicísima unión del entusiasmo y la moderación reflexiva, que se da en Usted como en pocos. Y me complace reconocer, entre su espíritu y el mío, más de una íntima afinidad y más de una estrecha simpatía de ideas.

La lectura de su libro trajo inmediatamente a mi memoria un nombre que no sé si será conocido para Usted; el nombre de un joven crítico peruano, Francisco García Calderón, muy semejante a Usted en tendencias, méritos y caracteres de pensamiento y estilo, y en quien también veo una brillante esperanza para la crítica hispanoamericana. Si no cultiva Usted relación intelectual con él, entáblela, y comuníquense sus impresiones, y trabajen juntos a través de la distancia material; porque es de la aproximación de espíritus tan bien dotados y orientados de donde puede surgir un impulso de vida para la crítica, y en general, para la literatura de la América nueva.

Lo que le pido con todas veras [*sic*] es que persevere y no desmaye; que se sobreponga a las ingratitudes e inclemencias del ambiente; que mantenga vivo en su alma ese noble y desinteresado amor por las letras y por toda alta idealidad, que hoy mueve su pluma; que no abdique en su vida de la generosa y simpática elevación de su juventud.

Yo seguiré su labor con vivo interés y cariño. Quiero que seamos amigos verdaderos. Escíbame alguna vez; crea siempre que desde lejos le acompaño y aplaudo, y reciba, con mis votos por el triunfo de su primera obra, un amistoso *shake-hand* de su affmo.

José Enrique Rodó (pp. 1360-1361)

El 27 de febrero, sin haber leído la carta que algunos días antes Rodó le había escrito, Pedro Henríquez Ureña redactó, junto a Arturo R. de Carricarte, su segunda misiva: los dos habían apenas fundado en Veracruz la *Revista Crítica*.

Ilustre compañero:

Llegará a sus manos al mismo tiempo que estas líneas el primer fascículo de la *Revista Crítica*: los propósitos que aspiramos a realizar a favor de la literatura hispano-americana están extensamente expuestos en el artículo editorial y prescindimos, por lo tanto, de nueva exposición. Para la labor que hemos emprendido necesitamos los consejos y el apoyo moral de las principales personalidades intelectuales de Hispano-América: por lo tanto, solicitamos la opinión de V. sobre nuestros proyectos, confiando en que habrán de merecer su atención.

En espera de su grata respuesta, quedamos de V. admiradores sinceros y compañeros devotos.

Pedro Henríquez Ureña y Arturo R. de Carricarte (AR)

En esta misiva el joven Henríquez Ureña se dirigió a Rodó como a un “ilustre compañero”. Después de su breve pero incisiva interpretación del *Ariel*, algo había, sin duda, cambiado; Gustavo San Román y Rodríguez Monegal notan que, con la publicación de su artículo en la revista *Cuba Literaria* y en el libro *Ensayos críticos*, “el mayor de los hermanos dominicanos ya no es mero obediente discípulo sino agudo y crítico lector de su maestro”.²² Sin embargo, al considerar toda la correspondencia entre los dos intelectuales, es evidente que Henríquez Ureña siempre respetó la autoridad literaria de Rodó, considerándolo una de las más importantes personalidades intelectuales del continente, a la cual acudir por consejos y apoyo moral.

La tercera carta que Henríquez Ureña escribió a Rodó es del 27 de agosto de 1906. El sobre y el papel de la misiva tienen un membrete importante: “El Imparcial, El Mundo, El Mundo Ilustrado. Fundador y propietario Rafael Reyes Spíndola. Director Carlos Díaz Dufoo.” La carta fue redac-

²² Gustavo San Román, “La recepción de Rodó en Cuba”, *Revista de la Biblioteca Nacional*, época 3, año 1, núm. 3 (2009), p. 72.

tada desde la Ciudad de México, a la que el joven crítico había llegado a fines de abril del mismo año.

Mi distinguido amigo:

Con retraso recibí su carta referente a mi folleto y mis proyectos de "Revista Crítica". Desde hace algún tiempo me trasladé de Veracruz a esta capital, y por esa y otras razones abandoné la "Revista", aunque en realidad deseaba continuarla. Aquí soy redactor de "El Imparcial" (como V. sabe, el principal diario) y secretario de redacción de la revista "Savia Moderna", que he ordenado se le envíe a V. Deseamos nos envíe algunos de sus párrafos sueltos (como el "En un álbum de artista" que hemos reproducido en el último número) para la sección de autógrafos, que son siempre de una página, y cualesquiera trabajos que desee publicar, como así mismo los que publique en los periódicos del Sur, para dar cuenta de ellos en la "Revista de revistas".

Ya antes que V., Chocano me indicó que me relacionara con Francisco García Calderón, y en efecto le envié mis libros y periódico. Hace tres días recibí carta de él, desde París.

Por Darío Herrera, que acaba de pasar por aquí en camino para Cuba, supe que García Calderón se hallaba enfermo y había ido a Europa a curarse. Herrera me habló también largo de los países del Sur, y algo de Montevideo y de V.

He enunciado entre mis amigos la idea de que hagamos una edición de "Ariel", exclusivamente de propaganda. Espero que dé su aprobación, para en caso de que se resuelva hacer la reedición del libro.

En espera de sus nuevas obras, quedo suyo, admirador y amigo,

Pedro Henríquez Ureña

Un joven amigo mío, redactor de "Savia Moderna", Ricardo Gómez Robelo, le envía su primer libro de poesías, "En el camino". Tiene cosas bastante intensas (AR).

La presente carta es importante por distintos aspectos: si por un lado nos ofrece un cuadro claro de la realidad

periodística en la cual se movía Pedro Henríquez Ureña, por el otro, es un ejemplo evidente del papel que el género epistolar tuvo en la creación del campo intelectual hispanoamericano de esa época. Si aplicamos a la recepción del ensayo rodoniano cuanto Pierre Bourdieu sostiene en el artículo “Campo intelectual y proyecto creador”, podemos afirmar que la publicación y lectura del *Ariel* desarrollaron una serie de relaciones sociales, de líneas de fuerza, que tuvieron en las cartas su vector principal y que, conjuntamente, permitieron la difusión de las ideas de Rodó.²³ Otro aspecto relevante: la misiva del 27 de agosto de 1906 revela que la idea de hacer una edición mexicana del *Ariel* era ya en ese entonces un proyecto declarado.

Éste se realizó en mayo de 1908, cuando los Talleres Lozano, de Monterrey, publicaron quinientos ejemplares del *Ariel*. Algunos meses después, Henríquez Ureña redactó la cuarta epístola que se conserva en el Archivo Rodó, en la que relató los detalles del proyecto editorial que maduró durante los encuentros de la Sociedad de Conferencias: ésta había organizado en 1907 su primera serie de seis encuentros en el salón del Casino de Santa María. El éxito alcanzado llevó a los miembros de la Sociedad a realizar un segundo grupo de veladas-conciertos, entre marzo y abril de 1908, en el Teatro del Conservatorio Nacional. Aquí el texto de la misiva del 5 de agosto de 1908:

Mí distinguido amigo:

Con estas líneas van, dirigidos a V. diez ejemplares de la edición mexicana de *Ariel*. Grande habrá de ser su sorpresa, y aún me temo que habremos de provocar su disgusto, por haber hecho tal uso de su obra, sin su autorización previa; pero también

²³ Pierre Bourdieu, “Campo intelectual y proyecto creador”, en *Campo de poder, campo intelectual: itinerario de un concepto*, Buenos Aires, Monttressor, 2002, pp. 9-50.

confío en que encuentre V. justa nuestra acción: ¿no es *Ariel*, acaso, propiedad de toda la América?

Un día, en grupo que formamos los jóvenes de la “Sociedad de Conferencias”, hablábamos de la necesidad de predicar el esfuerzo a la juventud mexicana, y, recordando su *Ariel*, lamentábamos que esta obra, expresión la más alta de un ideal hispano-americano, fuera desconocida en este país. Uno de nosotros, el arquitecto Acevedo, apuntó la idea de hacer una edición para repartirla gratuitamente a la juventud estudiosa; otro, el poeta Alfonso Reyes, ofreció acudir a su padre, el ex-ministro de la Guerra y actual Gobernador del Estado de Nuevo León, para que hiciera la edición deseada; y todos la dimos por ya hecha. Pero, se pensó: ¿podrá hacerse sin la autorización previa del autor, evitando así la demora de cuatro o cinco meses que exigiría el pedirla? Entonces, mi hermano Max y yo alegamos que confiábamos en que fuese innecesaria, y que, a mayor abundamiento, Max tenía ya la aprobación de V. para hacer una edición de *Ariel* en Cuba, donde sólo llegó a hacer la publicación en la revista “Cuba literaria”. Y así se acordó. El General Bernardo Reyes acogió la idea con simpatía, y aquí tiene V. ya la edición mexicana de *Ariel*, que esperamos dé los frutos apetecidos.

Tengo noticia de que V. recibe la “Revista Moderna”; supongo que por ella debe haberse enterado del trabajo de esta Sociedad juvenil de Conferencias, y que habrá visto una marginal mía sobre su “Liberalismo y jacobinismo”. Después de las dos primeras series de conferencias, proyectamos una homogénea sobre Grecia, compuesta de ocho o nueve.

Espero con ansia su “Proteo”.

Siempre suyo afmo.

Pedro Henríquez Ureña (AR)

Como se lee, el escritor dominicano, que envió, junto a la carta, diez ejemplares de la primera edición mexicana del *Ariel*, se mostró preocupado por la aprobación de Rodó para la publicación de su libro. Ya en la misiva del 27 de agosto de 1906 había pedido al uruguayo su autorización;

sin embargo, al no recibir una pronta respuesta, consideró efectivo lo que Rodó dijo a su hermano Max en la carta del 20 de noviembre de 1904, con respecto a la edición cubana del *Ariel*. El dato es muy interesante, si se considera que en esa época los libros eran “pirateados” en muchas ciudades del continente sin el menor respeto por los derechos de autor.

Al mismo tiempo, Henríquez Ureña se refirió a su artículo “Marginalia: José Enrique Rodó”, que publicó en el número de diciembre de 1907 de la *Revista Moderna de México* y que representa un ensayo crítico sobre *Liberalismo y jacobinismo* (1906), de Rodó. El cierre de la carta, con la referencia a *Motivos de Proteo*, obra en la que el uruguayo iba trabajando desde hace tiempo, deja suponer la existencia de una precedente misiva, o tarjeta, enviada a Pedro Henríquez Ureña, donde el ensayista montevideano debió haberle comentado el estado de realización de “Proteo”. Al mismo tiempo, no hay que excluir la posibilidad de que el joven crítico dominicano hubiera podido tener noticia del trabajo literario de Rodó a través de otro contacto epistolar.

El 28 de noviembre de 1908 Rodó contestó a la carta de Henríquez Ureña del 5 de agosto; le agradeció el envío de los ejemplares de la edición regiomontana del *Ariel* y dio prueba de conocer otra publicación mexicana de su ensayo, la sexta en total, realizada en la Ciudad de México por la Escuela Nacional Preparatoria, cuyo director era, en ese entonces, Porfirio Parra; esta edición, que se distribuyó gratuitamente entre los estudiantes, se realizó sin la previa autorización de Rodó. Se cita aquí abajo la misiva del maestro uruguayo:

Mi distinguido amigo:

Con su afectuosa carta, recibí los ejemplares que Usted me enviaba de la edición de *Ariel* impresa en Nuevo León, por iniciativa de la juventud y bajo los auspicios del gobierno de aquel

Estado. Grato me ha sido ver a *Ariel* en tan lúcido traje y destinado a tan noble público como la juventud de México, ese fuerte y próspero pedazo de nuestra gran patria americana. No hay motivo para que Usted me explique en su carta por qué no se ha solicitado mi autorización. No era necesaria: todo lo que yo escriba pertenece a Ustedes.

Sé que se ha hecho otra edición por la Escuela Nacional Preparatoria de esta capital, y Sempere acaba de imprimir otra en Valencia. Aún piden, aún comentan ese afortunado libro mío. Que se difunda, pues, por las ideas que expresa, ya que no por otro género de valor.

Veo que la actividad intelectual de los jóvenes se manifiesta ahí en una Sociedad de Conferencias. Me agradecería seguir de cerca ese movimiento. Todo lo que Usted haga por darme noticias de él, se lo agradeceré mucho. ¿Y de Usted mismo, de su obra, de sus proyectos, nada me dice Usted? ¿Cuándo tendrá sucesor aquel escogido libro de crítica en que saludamos la revelación de su hermoso talento?

No recibo, desgraciadamente, la *Revista moderna*. Excuso agregar el interés con que la recibiría. Lo que Usted escribió sobre *Liberalismo y jacobinismo* tampoco ha llegado a mis manos. Espero poder leerlo junto con su contestación a ésta.

En cuanto a *Proteo*, está ya imprimiéndose y visitará a Usted muy pronto.

Mis saludos y afectos a esa juventud estudiosa y entusiasta; y para Usted el más cordial *shake-hand* de su amigo afmo.

José Enrique Rodó

P. S. — Agradezca Usted en mi nombre, a sus compañeros, la iniciativa de reeditar *Ariel*; así como al gobernante que tan deferentemente la acogió, la distinción que ello importa (pp. 1361-1362).

La respuesta de Pedro Henríquez Ureña es del 5 de marzo de 1909. El discípulo parece haber recogido el velado regaño y la exhortación del maestro: resumió con precisión las actividades de la Sociedad de Conferencias y describió

el momento de su producción literaria e intelectual. La carta está mecanografiada:

Mí distinguido amigo:

Su carta de 28 de Noviembre me llegó hace un mes, y, según sus deseos, hemos dado las gracias en su nombre al General Reyes por la edición de *Ariel*. Sobre esta distinguida personalidad le informaré que, en estos momentos de movimiento político en México, es acaso el hombre más señalado para la Presidencia o la Vice-Presidencia de la República, siempre, desde luego, que haya probabilidades de cambio de dirección en la política mexicana, por desaparición de Porfirio Díaz.

Le remití, certificado, un lote de ejemplares de "Revista Moderna" de diversas fechas, que contienen reproducciones de trabajos suyos y algunas de nuestras conferencias y otros trabajos. Las series de nuestras conferencias han sido dos, una cada año, en el orden siguiente: 1907: "La obra pictórica de Carriere" por Alfonso Cravioto; "Nietzsche" por Antonio Caso; "Gabriel y Galán" por mí; "La evolución de la crítica literaria" por Rubén Valenti; "La evolución de la arquitectura doméstica" por el Arquitecto Jesús T. Acevedo; "Edgar Poe" por Ricardo Gómez Robelo; 1908: "Max Stirner" por Antonio Caso; "La influencia de Chopin en la música moderna" por mi hermano Max; "D'Annunzio", por Jenaro Fernández MacGregor; "Pereda" por Isidro Fabela; la serie de este año, que probablemente comienza en este mes de Marzo, constará de las siguientes: "Persistencia de la especulación metafísica" por Antonio Caso; "Idealismo y pragmatismo" (William James, Bergson y Jules de Gaultier) por mí; "El personaje de Electra en los tres trágicos griegos", por Alfonso Reyes (hijo del general); "La reaparición de la tragedia griega" (las primeras traducciones modernas, hechas en el siglo XVI por el Maestro Fernán Pérez de Oliva), por Martín L. Guzmán; "La arquitectura del siglo XVIII" por el Arquitecto Acevedo; y "Orientaciones socialistas en el arte moderno" por Urueta, como invitado especial. Salvo Urueta, todos los conferencistas tienen de 20 a 30 años. Como verá V., las últimas

tienden ya a ser más especiales y concretas. Para después, acaso en este último año, se organizará una serie sobre Grecia.

No recuerdo si le dije que *Ariel* fue leído en voz alta, ante toda la Escuela Preparatoria, por el poeta Urbina, profesor de ella, antes de hacerse la edición de esa escuela, es decir, valiéndose de la impresión de Monterrey.

De mis propios trabajos le informará en algo la “Revista Moderna” cuyos ejemplares le envío. He seguido haciendo crítica; pero también he compuesto un ensayo de tragedia griega (que va en el número de Enero de la Revista), para una fiesta íntima de reminiscencias helénicas: lo considero mi trabajo mejor logrado fuera del orden de la crítica. También me he dedicado más extensamente al estudio de la filosofía, como notará V. por el tema de mi conferencia próxima. Sin embargo, no he escrito mucho, y apenas si estaré próximamente en aptitud de formar un nuevo libro, por desgracia, fragmentario y disperso todavía. Mi deseo es poder dedicarme a escribir libros suficientemente unificados en el asunto; acaso comience a hacerlo, a partir de este año, y cuando avance en mis estudios clásicos, con una colección de “Estudios antiguos” sobre temas que no he visto explicados a satisfacción y que yo trataré, modestamente, de interpretar en nueva forma: Los siete sabios de Grecia, Jesús, Marco Aurelio; también escribiré sobre Platón, no porque no se haya estudiado a fondo, pues considero definitivo el libro de Walter Pater sobre “Platón y el platonismo”, sino porque es el tema que me tocará en la serie de conferencias sobre Grecia.

Sigo en espera de su “Proteo”. Si no es demasiada exigencia, le estimaría me enviase ejemplares tanto para el General D. Bernardo Reyes como para algunos de mis compañeros conferencistas: Caso, Acevedo, Alfonso Reyes, Gómez Robelo.

Soy siempre suyo,

Pedro Henríquez Ureña (AR)

En su carta, Pedro Henríquez Ureña relató un acontecimiento de particular interés para el proceso de la recepción del pensamiento rodoniano en México: la lectura en voz alta del *Ariel* que Luis G. Urbina, secretario del ministro Sie-

rra, hizo en agosto y octubre de 1908, en el Salón de Actos del edificio de San Ildefonso, frente a los estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria. Esta iniciativa, junto con las sucesivas publicaciones de Rodó que el director Porfirio Parra quiso realizar, se encuadra dentro de un proceso histórico más general de revisión y desmantelamiento del positivismo, en particular del comtismo heredado de Gabino Barreda.²⁴

La sexta y última misiva del crítico dominicano que nos ofrece el Archivo Rodó lleva la fecha del 2 de febrero de 1910. Desde hacía ya tiempo, el título de “Distinguido Maestro” de la carta inaugural (1.º de febrero de 1905) había dejado espacio al más afectuoso “Mí distinguido amigo”. No es de poca importancia remarcar que Pedro Henríquez Ureña se refirió aquí a una epístola precedente —quizás no conservada hasta nuestros días— escrita por el autor de *Motivos de Proteo*.

Debo pedirle [*papel arruinado: la palabra no se lee*] por no haber contestado antes a su carta y al envío de *Motivos de Proteo*. Pero no había querido escribirle sin que pudiera avisarle que iba ya a escribir sobre su obra. El estudio de ciertas obras filosóficas contemporáneas, con propósito de dar unas conferencias que no llegaron a realizarse; luego, el encargo del gobierno de México para que me dedicara (en unión del poeta Luis G. Urbina) a la formación de la antología mexicana de prosistas y

²⁴ Como ya se ha observado, en agosto de 1908 la ENP costeó la segunda edición mexicana del *Ariel*. Además, entre diciembre de 1909 y septiembre de 1910, el *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria* publicó por entregas treinta y siete de los ciento cincuenta y ocho capítulos que componen *Motivos de Proteo*. La elección de Parra de reconocer la obra del intelectual uruguayo como una autoridad pedagógica nació de la preocupación de reformar el sistema de la enseñanza secundaria: la dimensión moral y estética del ser humano, su complejidad, empezaban a desafiar el poderío de la ciencia y de la organización social, como únicos principios educativos. Véase Leonardo Martínez Carrizales, “La presencia de José Enrique Rodó en las vísperas de la Revolución mexicana”, *Literatura Mexicana*, vol. 21, núm. 2 (2010), p. 64.

poetas, para el Centenario de la Independencia; por último, el deseo de preparar, en obsequio de Altamira, un trabajo sobre el Maestro Hernán Pérez de Oliva, que leí en la velada que a Don Rafael dedicó el “Ateneo de la Juventud”, celebrada la semana última; estos trabajos me habían impedido dedicarme al estudio detenido que requiere su *Proteo* para que se pueda escribir sobre él a conciencia; y no me atrevía a escribir a V. sin anunciarle que me preparaba a cumplir ese deber —deber no para con la amistad, sino por la importancia de su obra, que yo estimo como la más alta producción del pensamiento hispano-americano en los últimos veinte o treinta años. En estos días me dedicaré a su libro, pues Altamira parte hoy de México (y nos ha absorbido parte de todos los días el asistir a sus conferencias), y, aunque sigo trabajando en la antología, este trabajo se normalizó.

La *Revista Moderna* ha comenzado a publicar, en su texto, no en folletín, *Motivos de Proteo*, y aspira a reproducirlo íntegro.²⁵ También el General Reyes, antes de su partida para Europa, hizo publicar trozos en periódicos de Monterrey. Aquí se busca con ansia su libro; yo he dado a algunas librerías la dirección de la casa editora, pero parece que han olvidado pedirlo, pues aún no lo tienen. ¿No piensa V. publicarlo en Europa?

Acaso en la *Biblioteca Quisqueyana* que publica la casa Ollendorf, como colección de autores hispano-americanos de primera fila (Bello, Hostos, Montalvo, por ejemplo) tendrán deseos de incluir su obra. En la misma casa, aunque no en esa biblioteca, que no es para los *nuevos*, me han prometido publicar un nuevo libro mío, que intitulo *Horas de estudio*: nuestro amigo Francisco García Calderón, con quien me escribo constantemente, gestionó su publicación.

¿Recibió V. mi ensayo de tragedia, *El nacimiento de Dionisos*, publicado en la *Revista Moderna*? Si no, le ruego me lo avise, pues deseo que lo conozca V.: es mi mayor esfuerzo, fuera del campo de la crítica.

²⁵ Desde el número de septiembre de 1909 hasta el de mayo de 1911, la *Revista Moderna de México* publicó por entregas treinta y cinco capítulos de *Motivos de Proteo*.

Antonio Caso le enviará su estudio sobre metafísica y religión, que está publicando en la *Revista Moderna*.

Altamira ha obtenido aquí extraordinario éxito. Su labor ha sido enorme, por más que ya hubiera tratado los mismos temas en otras partes: durante un mes, tuvo que hablar una o dos veces cada día, y asistir a uno o dos banquetes diarios. Trae buenas impresiones del Sur, pero se ve que no se hace demasiadas ilusiones; no se le escapan los defectos de nuestra América. Aquí en México habrá tenido ocasión de verlos de [bulto]: mucho de lo que ha visto estuvo mal organizado, y se traslucieron las deformidades de nuestra vida social. La manifestación más alta de intelectualidad que se le quiso dar fue la velada del "Ateneo de la Juventud", pero no todo fue como hubiéramos deseado. Nos consolamos pensando que él tiene mucho sentido humano, y sabe que no hay que exigir demasiado. De toda la América del Sur, parece que es el Uruguay lo que más simpatías ha inspirado a Altamira. De V. me habló con afecto, diciéndome que le había tratado diariamente.

Como V. se interesa por nuestro grupo, le diré que el trabajo presentado por Alfonso Reyes en la velada del "Ateneo" fue un estudio de "la estética de Góngora"; Caso le dio la bienvenida, vibrante, a Altamira, y Rafael López leyó una poesía a Campoamor. Quisimos que todos los temas fueran españoles. Don Justo Sierra obsequió a Altamira con una reunión familiar literaria, a la cual tuvo la atingencia de invitar a Jesús Urueta, no obstante su significación política de opositor: la *Dulcinea* de Urueta y unos versos nuevos de Don Justo fueron las notas salientes de esa fiesta.

Siempre suyo afmo.

Pedro Henríquez Ureña (AR)

Amén de referirse a *Motivos de Proteo* y a su libro *Horas de estudio*, Henríquez Ureña recordó a Rodó la visita de Rafael Altamira a México. El humanista español, cercano al grupo krausista de la Universidad de Oviedo, publicó en 1900 dos artículos sobre el *Ariel* en *El Liberal* y la *Revista Crítica* de Madrid. Entre junio de 1909 y marzo de 1910 realizó una

gira por distintos países latinoamericanos, impartiendo con gran éxito conferencias en universidades y centros culturales: este viaje, que se encuadra en una más amplia estrategia que España llevó a cabo para “hacer sentir en América una presencia espiritual que viniera a sustituir la antigua implantación física”,²⁶ tuvo una notable importancia en la difusión del ideario rodoniano y la construcción de una red intelectual hispanoamericana.

El documento que cierra esta presentación de la relación epistolar entre Rodó y Pedro Henríquez Ureña es una carta enviada desde Montevideo y escrita el 12 de mayo de 1910. El autor de *Motivos de Proteo* respondió a la última misiva del crítico dominicano de esta forma:

Contesto a su atenta de 2 de febrero, tan grata para mí como todas las que me traen noticias tuyas. Mucho me interesa y complace cuando Usted me dice de la buena acogida que *Proteo* ha logrado en México, y no necesito agregar que, entre las manifestaciones que más alto valoro de esa buena acogida, cuento muy principalmente la atención que Usted se propone dedicarle.

¡Lástima que no llegue hasta mí ningún número de la *Revista Moderna*, que tanto aprecio! Donde he visto reproducciones de *Proteo* es en el *Boletín* de la excelente Escuela Nacional Preparatoria. En cuanto al envío de ejemplares a las librerías mexicanas, pronto podrá realizarse, pues se está terminando la impresión de la segunda edición, cuyo agente en España será Perlado Páez, de Madrid, quien tiene orden de distribuir ejemplares a las librerías de México y Cuba. La primera edición se agotó rapidísimamente: casi al mes de ponerse a la venta.

En los números de la *Revista Moderna* que Usted me envió el año pasado leí, entre otros hermosos trabajos suyos, *El nacimiento de Dionisos*, y la impresión de mi lectura se concretó desde el primer momento en este juicio: es lo más hermoso que ha salido de la pluma de Usted (a lo menos entre lo que yo conozco), y es una de las cosas más bellas de la nueva literatura

²⁶ A. García Morales, *Literatura y pensamiento*, p. 70.

hispanoamericana. El hondo y personal sentido del mito encarna en una noble belleza, de estirpe muy superior a la que deslumbra los ojos del vulgo literario. Si Usted escribe dos o tres cosas más de ese género y las reúne en un tomo, honrará su propio nombre y merecerá el agradecimiento de cuantos aman, en América, la cultura y el arte. Pensé, desde que leí su trabajo, hacerlo reproducir aquí; y distraído luego por preocupaciones ajenas a las letras, olvidé aquel propósito, que al recibir su carta he recordado para ponerlo de inmediato en ejecución. Yo le enviaré la revista donde se reproduzca.

¿No le parece a Usted que estamos, en América, en vísperas de una renovación del ambiente literario, que se anuncia por una declinación muy visible de la frivolidad y la trivialidad decadentistas, y por una tendencia muy simpática a la reflexiva seriedad del pensamiento y a la transparencia y firmeza de la forma? Yo percibo muchos anuncios de esto, y me regocijo; porque siempre he pensado que la literatura americana llegará a existir como real energía social cuando adquiera un firme sentido idealista y lo exprese reivindicando y renovando la hermosura genial del idioma cuyo mantenimiento futuro nos está confiado.

Espero con interés su anunciada colección de artículos que editará Ollendorff. En esta misma biblioteca acaba de publicar nuestro amigo García Calderón un tomo excelente, que Usted ya conocerá.

Escríbame; déme noticias suyas y de esa trabajadora juventud, por la que tanto me intereso, y reciba los más afectuosos sentimientos de su amigo que no le olvida.

José Enrique Rodó

P. S. — Si escribe a su hermano Max, agradézcale, en mi nombre, la hermosa página que consagró, en *El Figaro*, a Proteo (pp. 1362-1363).

Las cartas que Rodó y Pedro Henríquez Ureña se enviaron entre febrero de 1905 y mayo de 1910 tienen, sin duda, un valor notable para la historia de las letras en este continente. El crítico dominicano, amén de considerar *Ariel* como “uno de los libros de más alta enseñanza para los

hispanoamericanos” (misiva del 1.º de febrero de 1905), estimó siempre a Rodó, definiéndolo como una de las más importantes personalidades intelectuales del continente, a la cual acudir por consejos y apoyo moral. A su maestro, que fue, por la sinceridad del trato, también un estimado amigo, Henríquez Ureña le contó el proceder de sus estudios, las creaciones de su pluma y el mudar de los intereses. Rodó le contestó con amabilidad y generosidad, revelando siempre la empatía de las ideas. De esta forma, la red intelectual que dibujaron envolvió figuras fundamentales de las letras hispánicas de esa época: Rafael Altamira, Francisco García Calderón y José Santos Chocano, entre otros. Finalmente, los documentos recogidos aquí nos permiten reconstruir a detalle tanto la historia del Ateneo de la Juventud como el contexto de la recepción mexicana del *Ariel*.

Los motivos que determinaron la interrupción de esta relación epistolar no son conocidos; lo que es plausible suponer es que el estallido de la Revolución mexicana debió influir tan profundamente en la vida intelectual de Pedro Henríquez Ureña, al punto de concluir su correspondencia con el maestro uruguayo. Desde noviembre de 1910 hasta abril de 1914 —cuando terminó la primera experiencia en México de Henríquez Ureña— el desorden de las fuerzas políticas y la tragedia humana de la guerra civil transformaron progresivamente la actividad literaria en un acto de heroísmo.²⁷ La revolución dispersó a los ateneístas; los que decidieron quedarse en la capital intentaron adaptarse a las circunstancias siempre más violentas y aciagas: fundaron la Universidad Popular en diciembre de 1912 y lograron “poner efectivamente en marcha las humanidades en la Escuela Nacional de Altos Estudios”.²⁸ Sin embargo, el inestable escenario político y las dificultades

²⁷ Alfonso Reyes, “Pasado inmediato”, en *Obras completas*, vol. 12, México, FCE, 1997, p. 215.

²⁸ A. García Morales, *El Ateneo de México*, p. 243.

económicas afectaron la quietud de los diálogos platónicos, la serenidad y el rigor del estudio: el Ateneo perdió el idealismo de su primera etapa y dejó de ser un cenáculo de amantes de la cultura y las letras:

La breve hora luminosa, los “días alciónicos” de la Sociedad de Conferencias, de 1907 y 1908, y del Ateneo de la Juventud de 1909 a 1910; los ciclos de lecturas comentadas de textos clásicos, bajo el magisterio de Pedro Henríquez Ureña y Antonio Caso, habían sido arrasados por la tormenta revolucionaria. Aquella impresa intelectual, que era también una revolución en las mentes y que dejaría una marca honda y duradera, tuvo que pasar.²⁹

Para elaborar un balance, quizás la estrategia más oportuna es la de no confiar en el paso del tiempo. Cien años han transcurrido desde el fallecimiento de Rodó en 1917 y el *Ariel*, hoy más que nunca, se muestra como una obra fundamental, pero, al mismo tiempo, de no fácil interpretación para el lector actual. En este sentido, la correspondencia que Max y Pedro Henríquez Ureña intercambiaron con el uruguayo es una herramienta imprescindible que nos permite enriquecer nuestra comprensión de uno de los libros más leídos en la América Hispánica durante los primeros treinta años del siglo XX. El diálogo entre las epístolas y el ensayo queda activo y sumamente revelador: nos regala una visión más cabal de la red intelectual que estos hombres de letras tejieron entre ellos, para acercarnos con renovada proximidad al idealismo de *Ariel*.

BIBLIOGRAFÍA

ARENAS CRUZ, MARÍA ELENA, *Hacia una teoría general del ensayo: Construcción del texto ensayístico*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1997.

²⁹ Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia I: 1907-1914*, ed. de José Luis Martínez, México, FCE, 2004, pp. 190-191.

- BOURDIEU, PIERRE, “Campo intelectual y proyecto creador”, en *Campo de poder, campo intelectual: itinerario de un concepto*, Buenos Aires, Montessor, 2002, pp. 9-50, disponible en: <http://ceiphistorica.com/wp-content/uploads/2016/01/bourdieu-campo-de-poder-campo-intelectual.pdf>, fecha de consulta: 09 de febrero de 2017.
- CASTRO MORALES, MARÍA BELÉN, “Introducción” a José Enrique Rodó, *Ariel*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 9-127.
- DEVÉS-VALDÉS, EDUARDO, *Redes intelectuales en América Latina: hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Santiago de Chile, Universidad de Santiago de Chile, 2007.
- FERRECCHIA, MARIA, *Il saggio come forma letteraria*, Lecce, Pensa MultiMedia, 2000.
- GARCÍA MORALES, ALFONSO, *El Ateneo de México: 1906-1914. Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*, Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992.
- , *Literatura y pensamiento hispánico de fin de siglo: Clarín y Rodó*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1992.
- HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, introd. y notas de Enrique Zuleta Álvarez, 2.^a ed., México, FCE, 2000.
- LUKÁCS, GEORG, “Sobre la esencia y forma del ensayo (Carta a Leo Popper)”, en *El alma y las formas y la teoría de la novela*, trad. de Manuel Sacristán, México, Grijalbo, 1975, pp. 15-39.
- MARTÍ, JOSÉ, *Nuestra América*, pról. y cronología de Juan Marinello, selecc. y notas de Hugo Achúgar, 3.^a ed., Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2005.
- MARTÍNEZ CARRIZALES, LEONARDO. “La presencia de José Enrique Rodó en las vísperas de la Revolución mexicana”, *Literatura Mexicana*, vol. 21, núm. 2 (2010), pp. 51-73, disponible en internet: <https://revistas-filologicas.unam.mx/literatura-mexicana/index.php/lm/article/view/651/650/>, fecha de consulta: 09 de febrero de 2017.

- QUINTANILLA, SUSANA. *“Nosotros”: la juventud del Ateneo de México*, México, Tusquets, 2008.
- RAMA, ÁNGEL, *Rubén Darío y el modernismo*, Caracas, Alfadil, 1985.
- REAL DE AZUA, CARLOS, “Prólogo a Ariel”, en José Enrique Rodó, *Ariel. Motivos de Proteo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, pp. IX-XXXV.
- REYES, ALFONSO, “Las nuevas artes”, en *Obras completas*, vol. 9, México, FCE, 1996, pp. 400-403.
- _____, “Pasado inmediato”, en *Obras completas*, vol. 12, México, FCE, 1997, pp. 182-216.
- REYES, ALFONSO Y PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Correspondencia I: 1907-1914*, ed. de José Luis Martínez, México, FCE, 2004.
- RODÓ, JOSÉ ENRIQUE, *Epistolario*, ed., comp. y prólogos de Hugo D. Barbagelata, París, s. e., 1921.
- _____, *Obras completas*, ed., introd., prólogos y notas de Emir Rodríguez Monegal, Madrid, Aguilar, 1957.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, EMIR, “Introducción general” a José Enrique Rodó, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1957, pp. 17-136.
- SAN ROMÁN, GUSTAVO, “La recepción de Rodó en Cuba”, *Revista de la Biblioteca Nacional*, época 3, año 1, núm. 3 (2009), pp. 71-86.

Acervo

ARCHIVO JOSÉ ENRIQUE RODÓ. Archivo Literario. Biblioteca Nacional de Uruguay. Montevideo.